

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO. *Obra poética*. Recopilación, edición, preliminares, prólogo, notas e índices de Lourdes Franco Bagnouls. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Literarios, 2005 (Ediciones especiales, 37).

Después de acreditarse como la máxima especialista en las obras y en las trayectorias personales de Octavio G. Barreda y de Efrén Hernández, la estudiosa Lourdes Franco Bagnouls nos entrega con *Obra poética*, de Bernardo Ortiz de Montellano, otra prueba de que también ella es la mayor conocedora de la escritura y la vida de quien, nacido en 1899 y fallecido en 1949 en la ciudad de México, fue uno de los miembros orgánicos del "grupo sin grupo" de Contemporáneos.

El volumen se conforma con la recopilación, la edición (esto es, la fijación filológica y la presentación de los textos), las páginas de preliminares (entre ellas una cronología y un prólogo), las notas y los índices correspondientes. Gracias a la cronología sabemos que el 4 de agosto de 1948 Ortiz de Montellano obtuvo de la Universidad Nacional Autónoma de México una licencia con goce de sueldo por dos meses para atender la enfermedad que a la larga lo llevaría a la tumba. Apenas veinte días antes se le había negado su "asignación al Seminario de Tesis (que significaba menor número de alumnos y menor esfuerzo para él)" (15); ello lo llevaría a renunciar a la legendaria Escuela de Verano, donde laboraba en sustitución de Jaime Torres Bodet y Julio Jiménez Rueda desde 1927. Por fin, y sin duda con un carácter compensatorio, el 9 de agosto el rector Luis Garrido Díaz lo designó "consejero de tesis". Felizmente, el lazo entre Ortiz de Montellano y la Universidad Nacional Autónoma de México no concluye con tan penosos vaivenes burocráticos, que sin duda causaron angustia e incertidumbre al escritor enfermo: los trabajos de Lourdes Franco Bagnouls, que ya incluyen el minucioso rescate de la correspondencia del poeta, nos permiten decir, unos sesenta años después de la muerte de Ortiz de Montellano, que la Universidad recibe a uno de sus hijos pródigos y lo hace de la mejor manera: recuperando la obra, quintaesencia del ser.

La investigadora del Centro de Estudios Literarios entrega con este libro un ejemplo de edición crítica que debería conocerse y manejarse en las cada vez más numerosas carreras de Letras en el país y, de hecho, en el mundo hispánico. El

arduo entramado conceptual y visual (tipográfico) que se hace necesario en una edición de este tipo, se presenta aquí de un modo que nos ayuda a introducirnos de lleno en el mundo poético de un hombre presurosamente clasificado como simple folklorista y prácticamente acusado de ser un mexicanista más bien convencional.

A la vista de todos los versos, podemos hacer en poco más de 400 páginas el recorrido por una vocación poética que transitó de Juan Ramón Jiménez a André Breton y de Luis de Góngora a William Blake y T. S. Eliot y que fue capaz de escribir desde versos de cadencia popular e infantil hasta sonetos de un limpio rigor conceptual y de una pulcra y enigmática resonancia.

Subsecuentes filólogos y amantes de la poesía podrán acercarse a este libro para gozarlo y para continuar con las reflexiones que Lourdes Franco asienta en el prólogo (ella remite ya a un estudio reciente de Enrique Flores sobre *Segundo sueño*, uno de los más ambiciosos poemas de Ortiz de Montellano). Aquí me referiré a uno de los poquísimos cabos sueltos en el libro y lo haré como una muestra de que un trabajo tan acucioso y exhaustivo como el de nuestra investigadora no debe ahuyentar, sino todo lo contrario, a los jóvenes interesados en el rescate y la fijación y en el puro placer del intelecto y de los sentidos: unos cuantos *sic* (he detectado sólo tres) revelan aquellas dudas que la paleografía y el cotejo aún no pueden resolver a estas alturas del estado de la cuestión. Creo estar en condiciones de avanzar una respuesta a los tres *sic*. El primero se encuentra en un soneto de la sección última, "Otros poemas no coleccionados":

#### Desoladora amante prostituida

Desoladora amante prostituida,  
 Pasión dominadora dominante  
 Llegar a las tinieblas de la vida  
 Y al goce de la muerte estimulante.

Santa virginidad, negro diamante  
 Tallado en luz de noche envilecida,  
 Verdugo cielo entre los [*sic*] radiante  
 Abismo de inocencias y caída.

Cómplice de mi sueño, compañera  
 De soledad sin alma, goce mudo  
 A herir hondas profundas y vitales,  
 Imagen doble de mi propia cera:  
 Si mi silencio guarda tu desnudo  
 Calle mi voz dos féretros iguales (300)

Pese a la puntuación, pese a las mayúsculas iniciales de cada verso (decisión tipográfica que proviene de una época de la edición de poesía y que, a mi juicio, podría ya superarse en beneficio de una lectura más fluida, lo cual resultará especialmente válido ante un soneto tan conceptuoso e intrincado) y pese a la ausencia de verbos conjugados en los dos cuartetos (he releído el primero considerando que "Llegar" acaso sería "Llegas", pero el ritmo pierde intensidad y de cualquier modo no se produce una idea o imagen concluyente), es posible resolver las cuestiones primarias relacionadas con el *sic* del segundo cuarteto: es notorio que falta una sílaba para las once del endecasílabo; es claro que ese monosílabo deberá concordar en género y número con el artículo "los"; es común que un tipógrafo o copista se coma una palabra cuando ésta es muy parecida a la precedente; es lógico que la preposición "entre" indique una mediación entre dos entidades: la primera de éstas es la amante; la segunda aparece de lleno en el primer terceto (se trata del yo lírico, explícito en "mi sueño"). Por todas las consideraciones anteriores, cabe la hipótesis de que la palabra por reponerse sea "dos", es decir, ellos dos, él y ella, y el sutil y carnal "negro diamante" se imponga justo entre ambos como una realidad ineludible, centro a la vez de la "santa virginidad" y de la prostitución:

Santa virginidad, negro diamante  
Tallado en luz de noche envilecida,  
Verdugo cielo entre los dos radiante  
Abismo de inocencias y caída.

Otro *sic* aparece en un hermoso verso tres páginas atrás:

Distancia de minúscula [*sic*] entre una y otra gotas  
Inocentes rencillas de palabras no dichas  
Que son abismos y tiempo, nubes nuevas  
Catarata de gérmenes que incineran su luto.  
(“Cuando diseque el tiempo mis palabras”, 297)

Entiendo que el viejo editor que fue Ortiz de Montellano estaba pensando en una letra minúscula, de modo que aquí "minúscula" no sería un adjetivo que acompañara a "Distancia" sin necesidad de la preposición "de", sino un sustantivo él mismo, capaz de expresar lo mínimo, lo muy pequeño; la mediación entre ambos sustantivos se daría gracias justo a "de".

El tercer *sic* se produce en la página 299:

Mas no morí y al fin triunfó la vida  
ya que cobarde no logró la muerte  
de mis brazos sentirse desceñida [*sic*]  
(“Odio lento invisible venenoso”)

Estamos ante una errata evidente del tipógrafo o de la mano apresurada del poeta inédito: “desceñidas”.

Las líneas anteriores sólo quieren confirmar que Lourdes Franco Bagnouls se ha convertido por méritos propios en una de las más sólidas estudiosas de la literatura mexicana, y sus trabajos habrán de convertirse en paradigmas para las nuevas generaciones tanto por los hallazgos, los rescates, las fijaciones y las ideas como por aquellas zonas (varias de ellas, si se quiere, minucias) que aún se abren a una estimulante y sana discusión filológica, sin la cual, de acuerdo con la clásica definición de Ernest Robert Curtius, el perfil de un verdadero humanista estaría incompleto.

ALBERTO VITAL  
Centro de Estudios Literarios  
Instituto de Investigaciones Filológicas  
Universidad Nacional Autónoma de México